

En la Argentina, este conflicto —esbozado en sus grandes líneas y admitiendo que se hayan producido algunos desplazamientos después de la restauración democrática— intenta sobrevivir alcanzando la siguiente resolución: por momentos, una sumisión degradante de lo literario recuperado como «objeto bello» o como «objeto epistémico».

La universidad es el campo específico donde se dirime un combate de larga duración entre la crítica académica y la crítica literaria que opera sobre otros registros. Es probable que esta lucha sea la persistencia de un tradicional desencuentro entre el discurso universitario y la cultura. Podríamos señalar una serie de elementos que perfilan este enfrentamiento: la crítica universitaria se presupone que está definida por registros académicos: formulación de hipótesis y de tesis, su desarrollo dentro de parámetros técnicos y científicos que exige la institución, la presentación de la hipótesis de trabajo e incluso su formulación estilística, y en última instancia, la presunción de una hipótesis de avance y de originalidad en el campo elegido: todo contribuye a constituir una ideología del llamado trabajo científico. Más allá de las antiguas y ambiguas relaciones entre literatura y ciencia, lo que aparece como evidente es que, para la universidad, en la actual oposición a la larga tradición de la *humanitas litterarum*, es pensada desde las llamadas «ciencias sociales» y su campo de exploración. La *humanitas* ha perdido consistencia en el panorama del campo de la ciencia y se enfrenta ante el desafío de las «ciencias duras»: la historia en primer término y posteriormente la sociología, la lingüística, el psicoanálisis, han venido a desbaratar el territorio —nunca definido— de la literatura. La encargada del «saber científico» —la epistemología— debió, por su cuenta, sufrir el embate de estas alteraciones, produciendo una extensión del campo y, simultáneamente, la pérdida de su propia e imaginaria especificidad.

La enseñanza de la literatura y la práctica de la escritura —de la escritura literaria y crítica que ella impone en monografías y tesis— presenta una dinámica histórica acentuada en los últimos tiempos por las modificaciones de orden político. Es interesante señalar que la crítica no académica, no totalmente saturada por el discurso universitario, mantiene una relación de extrema tensión con el parámetro pedagógico de «la enseñanza de la literatura». El problema es sencillo en su enunciado y problemático en su resolución: ¿se puede enseñar la escritura literaria o al enseñarla lo único que se hace es bordear el texto, alejarlo del centro de la incidencia y por ende negarlo? Los «talleres de escritura» (moda de los 80), más allá de las estrategias empleadas, intentan resolver este problema: enseñar una práctica de escritura para aquellos que imaginariamente se presuponen escritores. ¿Se puede enseñar la crítica, el gusto, la afinidad, el placer (Barthes), el obstinado camino de acercamiento a la obra (Heidegger), la relación

función cultural» (Elementos para una teoría del texto literario, pág. 57, 1970). El intento de Mignolo era precisar las relaciones a partir de definiciones conceptuales como metodología, ciencia literaria y crítica.

histórica con los textos (Auerbach), las relaciones de los sistemas de producción con las formaciones simbólicas en un momento determinado de la historia (Marx, Goldman, Williams), la explicación de la producción textual (Greimas, Kristeva), la retórica de la lectura o las angustias de las influencias (Paul de Man o Harold Bloom), o el establecimiento de una homología entre la organización inconsciente y la producción de los objetos artísticos como efecto sublimatorio (Freud, Lacan), o de los discursos artísticos en una sociedad determinada como ilustración del imaginario colectivo (Castoriadis) o como forma de la socio-discursividad (Marc Angenot)? ¿O sólo se pueden señalar los métodos y formas descriptivas del fenómeno literario y proponer sólo conjeturas (Borges) sobre esos acontecimientos tan banales y tan extraños como son la escritura y la lectura en las culturas occidentales y en los países dependientes? Esta larga meditación sólo se justifica si consignamos que estas preocupaciones alientan a las últimas generaciones de críticos argentinos, desde Ana María Barrenechea, David Viñas, Noé Jitrik, Enrique Pezzoni, Adolfo Prieto, Ramón Alcalde, herencia retomada, más allá de sus variantes, por Jorge Lafforgue, Jorge Rivera, Josefina Ludmer, Beatriz Sarlo, Juan Carlos Martini Real, Nicolás Rosa, Cristina Iglesias, Luis Gusman, Eduardo Grüner, Julio Schwartzman. Todavía hoy la discusión entre crítica académica y crítica no institucionalizada sigue vigente. Este enfrentamiento se ordena sobre varios ejes: la oposición entre crítica académica y crítica no institucional sólo es sostenible en un nivel teórico y a partir de presupuestos formales; en la práctica de escritura, los lazos entre ambas tienen su propia historia, que va desde una separación casi exclusiva hasta una endogamización propiciadora: la universidad como institución política alberga a los críticos disidentes —y perseguidos políticamente en la dictadura— en el momento del restablecimiento democrático, y sus propios discursos y su práctica de enseñanza establecen los bordes del discurso académico pero, simultáneamente, su propio contorno. Conviene detenerse sobre los modos de articulación del discurso universitario sobre la literatura. Para describir y analizar su conformación, es esencial precisar tres vectores que sobredeterminan la construcción del objeto literario y la retórica de su transmisión:

1) La construcción del objeto en relación con la existencia de modelos teóricos determinados y su vinculación con el discurso de la crítica.

2) La construcción del objeto en relación a ciertas prácticas sociales que podríamos calificar de «excéntricas», en tanto a) la institución no las integra o las integra como formas culturales residuales (la práctica de la escritura) o las museifica (las revistas literarias), o las presenta como «exhibición escritural» (los concursos, los premios, etc.), haciendo pasar por cotidiano, usual y mayoritario —todo el mundo puede escribir— aquello que

es producto de un largo, doloroso y desconcertante trabajo; b) o porque la institución rechaza vehementemente aquello que es producto —y muestra la marca— de saberes sistematizados como efecto de la violencia política, la censura, el exilio e, incluso, la muerte.

3) La construcción del objeto tanto como efecto del funcionamiento integrado de diversos dominios (metodológicos, lingüísticos, literarios), o bien de sus sectorizaciones excesivas. Este fenómeno conduce a una práctica crítica alrededor de una literatura procesada académicamente, es decir, la transformación de enfoques y simultáneamente la construcción de un «nuevo objeto» en relación al autor, a la generación, al género, produciendo un nuevo axioma, la constitución de «una nueva historia de la literatura argentina». Este proceso sufre un marcado desequilibrio por la falta de renovación de los enfoques de la crítica académica y por la continuada subordinación —por el momento sorda— del academicismo universitario a la práctica pedagógica. Un análisis claro de la relación literatura-enseñanza de la misma, nos induce a pensar que la didactización del objeto literario lleva a dos políticas: a soslayarlo o a destruirlo. La sofisticación creciente de los modelos teóricos y metodológicos genera una lucha sobre la convicción de las nuevas generaciones de profesores —que generalmente son escritores o críticos— de que la literatura no puede ser objeto de estudio sino sujeto de su propia práctica. Este fenómeno nos permite observar la dinámica de asimilación y de transformación de saberes cuantitativamente importantes y, por momentos, en fértiles antagonismos que son el sustrato de las operaciones críticas actuales.

El discurso crítico en la universidad ha construido su objeto en una relación de dependencia con las producciones teóricas y de modelos provenientes de los centros de alta cultura. Quizá la marca mayor entre la crítica universitaria y los críticos ajenos al espíritu académico sea la libertad de lectura y el trabajo de apropiación de los grandes textos de los críticos europeos (sobre todo Francia, Italia, actualmente Alemania) y de los críticos americanos (desde Edmund Wilson a Paul de Man). Quizás una historia de las lecturas de los críticos argentinos, historia sin lugar a dudas secreta, nos revelaría el desván de su propia creatividad. Somos, como sabemos, lectores de lo universal, pero sólo —también lo sabemos— escritores de lo particular⁵.

Las seducciones de la barbarie

Entre 1969 y 1974 aparecen los dos tomos de *Nueva Novela Latinoamericana* donde colaboran, dando cuenta de la obra de numerosos autores, una gran cantidad de críticos argentinos y latinoamericanos de diversas épocas

⁵ Pongamos por caso, las variantes de una «influencia»; la obra de Maurice Blanchot es leída y asumida como tutelar por Noé Jitrik en Horacio Quiroga: una obra de experiencia y riesgo (1959), reconocida por Oscar Masotta como «ejemplar» en 1960, luego pasa a un largo silencio. Actualmente regresa en ciertos textos de Nicolás Rosa (Artefacto, 1992) y en algún joven crítico como A. Giordano, reinstalada por Roland Barthes, Modos del ensayo, 1991.